

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 7-18.

Román Piña Chan

Una visión del México prehispánico

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

341 p. + LXXIV

Mapas, cuadros, ilustraciones

(Serie Culturas Mesoamericanas 1)

ISBN 968-36-2785-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de diciembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/113/mexico_prehispanico.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

El pasado prehispánico de México es como una vaga y lejana historia que nos relata la aventura cultural y civilizadora del hombre, es el testimonio de lo que el ingenio y el esfuerzo humanos hicieron con una rudimentaria tecnología, es el ejemplo de cómo el hombre se eleva de un bajo nivel cultural a un alto grado de civilización, y es también la raíz y esencia del mexicano actual, en su proceso de búsqueda e integración de una cultura propia.

Esta vieja y lejana historia abarcó miles de años y pasó por varios periodos de desarrollo. Se inició cuando procedentes de Norteamérica algunos cazadores nómadas fueron penetrando al territorio mexicano en busca de los grandes mamíferos pleistocénicos de que vivían; continuó con los recolectores y cazadores inferiores que dieron lugar a los grupos que descubrieron el cultivo del maíz, la calabaza, el frijol y otras especies comestibles; y llegó a los pueblos sedentarios, plenamente agrícolas, que crearon más tarde los centros urbanos y las brillantes civilizaciones del México antiguo.

Los primeros pobladores de estas tierras fueron llegando del norte en forma de pequeñas bandas cazadoras, se dispersaron y asentaron en ciertos lugares propicios de Chihuahua, Coahuila, Sonora, Baja California, Tamaulipas y otros sitios del territorio en donde abundaban los animales de caza mayor; a la vez que avanzaban del norte hacia el sur, ocuparon lugares de Jalisco y Guanajuato, alcanzando más tarde las tierras vírgenes del Altiplano Central, el cual se convirtió en el hogar predilecto de esos grupos.

En la Cuenca de México estos primitivos cazadores comenzaron a humanizar el paisaje del Altiplano, persiguiendo al mamut lanudo y al caballo americano, que predominaban por aquel entonces; habiendo ocupado lugares que hoy conocemos como Tepexpan, Santa Isabel Iztapan, San Bartolo Atepehuacán, Los Reyes Acozac y Tequixquiac, los cuales eran modestos campamentos temporales de esos cazadores nómadas.

Como decía Joel Pozos, después de los cazadores nómadas “la lucha por el dominio de la naturaleza se continuó con la recolección y domesticación de algunas plantas silvestres, bajo el ritmo paciente

del cultivo”; surgieron entonces Chicoloapan, Chalco, Coxcatlán, La Perra, Santa Marta y otros sencillos lugares, es decir, sitios donde pequeñas bandas de recolectores descubrieron el maíz, después de largos periodos de experimentación, el cual se convirtió en “la madre de hermosa cabellera ondulante”, origen y sustento de las primeras culturas sedentarias de México.

Con el maíz, una nueva forma de vida se inicia. Por las márgenes de los ríos, a la vera de las lagunas, en la costa ardiente o en la húmeda selva, “otros pobladores se detienen para fundar aldeas y pueblos que los huracanes del tiempo destruirán más tarde”; aparecen ahora “los tapetes verdes de las milpas y los caseríos de adobe y paja, hasta que el panorama se corona con la silueta teogónica de los templos y el cielo se pinta con los humos del copal —anuncio de los dioses tutelares— y con el humo de las alfarerías”.

El Arbolillo, Zacatenco, Tlatilco, Remojadas, Pánuco, Tres Zapotes y muchos lugares más, son por estos tiempos pequeñas aldeas rurales que pacientemente van elaborando su cultura, esa cultura que culmina en los primeros centros ceremoniales no planificados como Cuicuilco, Tlapacoya, La Venta, Monte Albán y Chiapa de Corzo; fijándose desde aquí algunas de las características que anuncian a las nacientes civilizaciones, como por ejemplo la escritura jeroglífica, el calendario y la numeración, lo mismo que la arquitectura religiosa y las artesanías.

Bajo el poder teocrático las ciencias y las artes se desarrollan. Alrededor de los templos y palacios surgen los mercados o tianguis, los talleres de artesanos, los altares, las plazas y calzadas procesionales, los juegos de pelota, los servicios públicos y otros elementos que caracterizan a las verdaderas urbes; alcanzando su esplendor Teotihuacán, Palenque, Monte Albán, Bonampak, El Tajín, Nopiloa, Xochicalco, etcétera, muchos de los cuales desaparecen después para ser reemplazados por otros centros.

Con sus fardos a la espalda “los mercaderes abren las rutas permanentes por todos los rumbos de estas tierras”, tejen una red de caminos y veredas que facilitan el intercambio de las materias primas, de los artículos manufacturados y de las ideas, y se amplían los límites territoriales conocidos; vienen después los tiempos en que nuevos grupos seminómadas y guerreros, avanzando del norte hacia el centro, llegan a enseñorearse del territorio de alta cultura, contribuyendo a la formación de castas militares e imperios, como los toltecas, tarascos y mexicas.

Los toltecas, herederos de las civilizaciones teotihuacana y maya, fundan su capital en Tula, Hidalgo; Los tarascos escogen la cuenca lacustre de Pátzcuaro, y establecen la sede de su imperio en Tzintzuntzan, Michoacán; en tanto que los mexicas se detienen frente al islote donde un águila se posaba sobre un nopal, para fundar a Te-

nochtitlan, la cual se convierte en el centro del mundo prehispánico y en el escenario donde los conquistadores españoles terminan con el desarrollo cultural del México antiguo.

Bajo el impacto de la cruel conquista, la cultura indígena desaparece, se derrumba todo un mundo de formas y de ideas, y quedan sólo ruinas de su antiguo esplendor; pero “examinando los viejos códices, leyendo los relatos de los primeros cronistas, o contemplando las maravillas arqueológicas rescatadas de los campos de cultivo y de la garra verde de la selva, se puede enjuiciar lo que el esfuerzo y el ingenio humanos hicieron con primitivos instrumentos de piedra”, ya que los grupos prehispánicos no conocieron el hierro, ni la rueda, ni el torno del alfarero, ni los animales de tiro.

En los estudios arqueológicos estas etapas evolutivas apenas bosquejadas reciben el nombre de Horizontes Culturales, y constituyen la trama o el esqueleto de la historia antigua de México, la cual es cada vez mejor conocida, por las fuentes escritas y por la aportación de la antropología; pero especialmente por las excavaciones y los continuos hallazgos arqueológicos, que suministran nuevos datos y objetos de las culturas desaparecidas, hoy visibles en los museos y colecciones particulares.

Los objetos arqueológicos que hoy contemplamos en los museos y colecciones particulares nos informan no sólo de lo vasto y variado que es este material, sino también del adelanto alcanzado en aquellos tiempos. Algunos objetos nos revelan los diversos estilos del arte indígena, otros nos reflejan ciertas costumbres, y algunos más nos enseñan algo de las creencias, procesos de manufactura, comercio, etcétera; pero todos están en relación con la sociedad que los creó, tienen su temporalidad, y a través de ellos es posible obtener valiosos conocimientos de las culturas prehispánicas.

Las puntas de proyectil de los tipos Clovis y Folsom, trabajadas por percusión, acanaladas y con un fino retoque a presión, nos informan que el hombre no solamente era cazador sino que contaba con el propulsor o lanzadardos, que dominaba las técnicas de trabajar la piedra, cazaba a los mamíferos del Pleistoceno, conocía el fuego, aprovechaba las pieles para cubrirse y habitaba en campamentos estacionales al aire libre o en abrigos rocosos y cuevas.

Ante la presencia de machacadores de piedra, morteros, metates, manos y punzones de hueso, pensamos en los grupos recolectores, los cuales tuvieron que adaptar sus implementos a una nueva forma de subsistencia; y como esos objetos se encuentran generalmente en cuevas, asociados a semillas de calabaza, maíz, frijol, etcétera, o junto con entierros envueltos en mantas y petates, uno puede añadir que estas gentes iniciaron la agricultura, conocieron ciertas fibras vegetales para sus tejidos y comenzaron a desarrollar el culto a los muertos.

Contemplando las figurillas de Zacatenco, del Arbolillo o de Tlatilco, todas ellas femeninas y modeladas en barro, uno piensa en los cultos a la fertilidad de la tierra, en la existencia de aldeas rurales, en el cultivo del maíz y en el conocimiento de la cerámica, a la vez que por mostrar dichas figurillas sobre la cara y el cuerpo ciertos dibujos y colores, lo mismo que algunos motivos incisos, uno piensa en la pintura corporal, en el tatuaje y en la apariencia física de las gentes.

Y si de estas gráciles figurillas femeninas pasamos a las figuras de danzantes, acróbatas, músicos, jugadores de pelota, magos ataviados con máscaras fantásticas, enanos, mujeres con dos cabezas y otras muchas representaciones cotidianas, uno comprende de inmediato la importancia de la magia, y le viene a la mente el colorido de las fiestas ceremoniales, los ritos agrícolas, los juegos y las ideas mágico-religiosas de esos tiempos.

Sin sentirlo, uno ve cómo poco a poco va evolucionando la cultura, al igual que las manifestaciones artísticas de los grupos agrarios; y la presencia de pequeños yugos de piedra, ornamentos de jade, espejos de hematita, hachas de serpentina, máscaras, vasijas zoomorfas, etcétera, nos llevan a pensar en el adelanto de los sistemas agrícolas, en la multiplicación de los conjuntos humanos, en el incremento de las artesanías y en una mayor complejidad de la estructura social.

Así vemos las realistas representaciones de armadillos, patos, peces, conejos, jabalíes y otros animales, modelados en botellones, platos, jarras, vasos y otras formas cerámicas, que nos indican no sólo la excelencia del arte alfarero, sino también la variedad de la fauna de la época; lo mismo que máscaras de barro, con una mitad representando la vida y la otra mitad la muerte, o una mitad hombre y la otra jaguar, lo cual por cierto nos recuerda ese vigoroso estilo de arte que se desarrolló por la Costa del Golfo, y que en el lenguaje arqueológico lleva la etiqueta de "olmeca".

Desde un principio los olmecas del sur de Veracruz y el norte de Tabasco elaboraron vasijas y figurillas que muestran una clara obsesión felina, dictada tal vez por la motivación mágico-religiosa de su totem, el jaguar, que luego adquiere la categoría de dios; se observan en sus platos, y vasos de base plana, algunos motivos felinos realizados por la técnica del excavado o pintados al negativo; entre ellos: caras, garras, cajas, encías y manchas de jaguar.

El estilo de sus figurillas es único e inconfundible. Generalmente las figuras adoptan la posición sedente, carecen de sexo y son como esculturas menores concebidas magistralmente; caracterizándose por sus rostros atigrados o como de recién nacidos, boca trapezoidal con el labio superior levantado, ojos oblicuos, cabezas deformadas y rapadas, mutilación dentaria y cuerpos bajos, tendientes a la obesidad.

El vigoroso estilo olmeca alcanzó su apogeo en la escultura monumental, en el tallado de las piedras verdes y semipreciosas, que impli-

can una tradición formal y siglos de desarrollo; sobresalen las cabezas colosales, los altares monolíticos y las lápidas con bajorrelieves; y asimismo preciosas estatuillas de jade, hachas votivas, cajas de piedra, pisos de mosaico, delicados ornamentos, etcétera, todo lo cual atestigua la maestría y dominio de la técnica lapidaria alcanzada por ese grupo.

Pero no se crea que los olmecas produjeron solamente eso. En las estelas de Tres Zapotes, La Venta y Cerro de las Mesas, en la estatuilla de Tuxtla, o en los relieves de Chalcatzingo y Monte Albán, uno observa jeroglíficos y numerales que se asocian de inmediato al calendario, la escritura y la numeración; o sea que se ha llegado a la fijación de los periodos agrícolas, a los rituales en fechas fijas, a las observaciones astronómicas y, en fin, a la integración de una clase de sacerdotes y astrólogos, en cuyas manos quedaba la ciencia de esos tiempos.

Con las civilizaciones del Periodo Clásico, la estructura social, política y religiosa evoluciona paralelamente al pensamiento cosmológico, se diversifican las herramientas y las técnicas de cultivo, aparecen los centros urbanos y la casta sacerdotal, se integran las artesanías de tiempo completo, y numerosos productos y materias primas viajan a través de las extensas rutas comerciales, a la vez que, con un claro sentido de la planificación, surge la arquitectura en piedra, en la que el basamento escalonado o piramidal será inseparable de toda construcción religiosa.

En las tierras bajas del Petén guatemalteco, por las márgenes del Usumacinta y en las llanuras de Yucatán, los mayas heredan los conocimientos de los olmecas y se convierten en los genios matemáticos del nuevo mundo; elaboran un sistema aritmético en el cual la concepción del cero les permite efectuar cálculos precisos sobre el calendario solar y religioso, sobre la duración del año trópico y las lunaciones, sobre el ciclo venusino y los eclipses; traducido todo ello en inscripciones grabadas en piedra, en madera o en estuco, y aun pintadas en cuero de venado o códices.

Junto a esos logros científicos, los mayas crearon también un estilo artístico propio, exuberante y natural como la vegetación de sus junglas y selvas; pueden mencionarse los bellos bajorrelieves en estuco de Palenque, el preciosismo de las fachadas de los edificios de Uxmal, la pintura mural de Bonampak, los mascarones de Copán o Comalcalco, y también las esculturas, los ornamentos y la policromía de sus vasijas.

¡Y qué decir de las figurillas de Jaina o de Jonuta, modeladas sensitivamente en barro y con un sentido minucioso en el detalle y la ornamentación; ante las cuales, como en un desfile, pasan los sacerdotes con su vistosa indumentaria, los jugadores de pelota y los guerreros, las sacerdotisas y mujeres de elevada alcurnia, los bailarines

y la gente del pueblo; todos ellos mostrando sus tatuajes, ornamentos, abanicos, faldillas, huipiles, cetros, tocados, armas y muchos aspectos más que ejemplifican a la sociedad de aquellos días!

En contraste con la selva, el severo paisaje del Altiplano nos lleva a Teotihuacán, a esa majestuosa urbe que equilibró las masas de sus construcciones con la horizontalidad, y en la que el talud y el tablero fueron la base angular de todos sus edificios; allí se llegó, sin duda alguna, a un plano profundamente religioso, sobrio y espiritual, en el que la pintura, la escultura, la alfarería y en general todo el arte, tendía a exaltar la religión.

De allí partía la cerámica anaranjada delgada y la pintada al fresco que llegaban hasta Tikal, Kaminaljuyú y otros lugares de Guatemala; allí se tallaban máscaras funerarias y vasijas de alabastro; allí los pintores dejaron numerosos frescos que son ahora documentos históricos inapreciables; y de aquí salieron las ideas arquitectónicas que se adoptaron por otros pueblos, y no pocas ideas religiosas, por lo cual, en su tiempo, Teotihuacán fue el centro cultural más importante del Altiplano Central.

Y si nuevamente pasamos del Altiplano a la Costa del Golfo, y nos detenemos en el centro de Veracruz, un tanto semiárido, veremos que allí fue el hogar de las gentes que tallaron los asombrosos yugos, palmas y hachas funerarias, relacionadas con el juego de pelota, dentro de un estilo que se deleita en entrelaces, grecas, volutas y representaciones de animales y seres humanos; a la vez que con un sentido pleno de la vida, modelaron las graciosas figurillas sonrientes, cuya risa contagiosa llega a nosotros después de siglos.

Por los finales del Periodo Clásico algunos de estos grupos reciben el impacto de los totonacos, los cuales, bajando de la Sierra de Puebla, se van asentando en Xiuhtetelco, Yohualichan, Metlatoyuca, El Tajín, etcétera; construyéndose en este último lugar un fascinante centro ceremonial, en el que sobresalen sus edificios decorados con nichos y un juego de pelota con tableros tallados en bajorrelieve.

En esta misma forma podríamos hablar de Monte Albán, ese prodigioso centro de los zapotecas que tiene sus edificios decorados con tableros de doble escapulario, una desarrollada arquitectura funeraria y una alfarería de urnas con representaciones de dioses; o mencionar también a Xochicalco, famoso por su basamento decorado con serpientes emplumadas, en el cual hay marcadas influencias de la Costa del Golfo y de la región maya.

A lo largo del Río Pánuco, en Veracruz y Tamaulipas, los huastecos construyeron varios centros ceremoniales, generalmente con estructuras o basamentos circulares de lodo y tierra sobre los cuales se levantaban templos de bajareque; a la vez que tallaron algunas esculturas sorprendentes, como el llamado "Adolescente", encontrado en

el Consuelo, Tamuín, y dioses con gorros cónicos y resplandores por detrás de la cabeza, relacionados con la agricultura fundamentalmente.

Hacia el occidente de México, en Colima, Jalisco y Nayarit, los grupos desarrollaron una realista alfarería, que reproduce cargadores, bailarines, jorobados, sacerdotes, señores de elevado rango, mujeres en sus tareas cotidianas, seres deformes, enfermos, perros cebados, pericos y muchos animales más; mientras que los grupos de Guanajuato y Querétaro tuvieron un patrón cultural distinto, que en su tiempo se reflejó hasta el Altiplano Central.

Por los finales del Periodo Clásico algunos grupos del bajío alcanzan la Cuenca de México, recogen la tradición teotihuacana e integran la cultura tolteca, no exenta de cierto espíritu guerrero; a ellos se debe el complejo de los colosos de piedra, los atlantes, los chacmoles, las banquetas con bajorrelieves, las columnas serpentinas y los muros decorados con serpientes o coatepantlis, algunos de cuyos elementos se proyectan hasta Yucatán.

Se inicia así el Periodo Postclásico, caracterizado por una época de expansión y conquistas que repercuten en todo el territorio mexicano; ésta es la época de los huastecos, los totonacos, los mixtecas, los tarascos, los otomíes, los mexicas y otros grupos más, cuya historia es conocida en parte por las fuentes históricas que han llegado hasta nosotros.

Los mixtecas descendieron de la sierra a los valles de Oaxaca, para dominar a los zapotecas y contribuir a la rica ornamentación geométrica de las fachadas de los edificios y tumbas de Yagul, Mitla, Zaachila y otros lugares más; se convirtieron en los artifices del tallado de la madera, del hueso y del cristal de roca; desarrollaron una alfarería policroma a semejanza de sus códices plegados como biombo y, al recibir el conocimiento de la metalurgia, venida de Centro América, la recrearon para legarnos excepcionales obras de arte.

Igualmente podemos mencionar a los tarascos, quienes, al conquistar a varios pueblos lacustres, levantaron su capital en Tzintzuntzan, y llegaron a rivalizar con los mexicas; los cuales por cierto, después de ser un grupo de bajo nivel social y cultural, pronto extendieron sus conquistas en varias direcciones, tal vez confiados en su destino de “pueblo del sol”.

Surge así Tenochtitlan con su vida lacustre y sus chinampas, con su ingeniosa traza urbana cruzada por canales y calzadas, con sus acueductos y fuentes públicas, sus pajareras y jardines botánicos, sus escuelas, mercados y otros adelantos que la convirtieron en el centro del mundo prehispánico; a la vez que asimilando los conocimientos de los pueblos conquistados, adoptando sus deidades, imponiendo tributos y llevando la guerra a todos los rumbos del territorio mexicano, alcanzó el rango de una ciudad cosmopolita.

Con la caída de Tenochtitlan se trunca el desarrollo cultural de los pueblos prehispánicos, se agota el espíritu creador de esas civilizaciones y se arrasan y destruyen muchos monumentos y datos que hoy servirían para reconstruir la historia de esas sociedades desaparecidas; las cuales, por cierto, pacientemente lograron grandes avances culturales, muchos de los cuales hoy todavía nos asombran.

Así, por ejemplo, los pueblos prehispánicos tuvieron un gran conocimiento de las plantas. Desde unos 6000 años antes de la era cristiana, algunos grupos de recolectores comenzaron a aprovechar el maíz silvestre, el nopal, el guaje o calabaza vinatera y el chile silvestre; añadieron después el frijol, la calabaza común, el amaranto, el mijo silvestre, el aguacate y el zapote amarillo.

Más tarde, con los cultivos intensivos, se aprovecha el jitomate, la yuca, el camote, el cacao, la papa silvestre, el mezquite y el maguey; y se llega por último a la utilización de la chía, el cacahuete, la jícama, el chayote, la papaya, la vainilla, la piña, la pitahaya, la ciruela, el epazote, el achiote, etcétera, que son en conjunto algunas de las plantas comestibles que los indígenas prehispánicos dieron a la cultura universal.

La misma tradición agrícola que se fue enriqueciendo a través del tiempo, llevó al conocimiento de muchas plantas útiles, entre ellas el añil o índigo, el palo de Campeche, el tabaco, el algodón, el hule, el guayule, el henequén, el copal, el amate, el girasol, el liquidámbar, la pita o lechuguilla, el tule, el ixtle, el ocote, etcétera; a la vez que el conocimiento de las propiedades curativas de cientos de otras plantas, desarrollaron notablemente la farmacopea prehispánica, más avanzada que la de su tiempo en Europa.

Por el tiempo de los mexicas este profundo conocimiento de las plantas se había elevado al rango de una verdadera botánica, pues se las clasificaba en yerbas, arbustos y árboles; se las agrupaba en cucurbitáceas, zapotáceas, solanáceas, amates, hongos, agaves, nopales, etcétera; y había también yerbas comestibles y medicinales, plantas amargas, ácidas, carnosas, de olor, de ornato y muchas otras variedades.

Por eso con justa razón dice Cardona Peña que en México hay plantas y plantas. “Plantas saludables y benéficas, a cuyo amor se cobija la historia de una raza, como el maíz, el sagrado tlaolli azteca; plantas mexicanísimas como la biznaga que se recoge a dormir como un lirón en época de invierno; flores como la dalia, la nochebuena, la bugambilia, los alcatraces y las gardenias; y no es de extrañarse que aquí naciera Martín de la Cruz, el indito sabio de Xochimilco, quien logró clasificar más de diez mil especies botánicas, y Juan Badiano, que tradujo al latín la obra asombrosa.”

Y si pasamos del reino de las plantas al reino de los animales, aprovechados tanto para la dieta como para otros usos prácticos, podríamos mencionar al venado, al guajolote silvestre, al jabalí, al armadillo,

al faisán, al pescado blanco, al acocil, a la cotinga, al tucán, al quetzal, al cocodrilo, a la guacamaya, al colibrí, a la mantarraya y cientos de especies más, las cuales proporcionaban carne, pelo, piel, pluma, ligamentos, espinas, asta, hueso, etcétera, para la confección de vestidos, tocados, ornamentos y artefactos.

De hecho, las plantas y los animales influyeron en la religión, en la toponimia, en los nombres de las personas y en los días del calendario, en la medicina y en muchos aspectos más; habiéndose llegado a la tenencia de jardines botánicos y parques zoológicos en donde se cuidaban con esmero cientos de especies, muchas de ellas clasificadas.

Los jardines donde se cultivaban lo mismo plantas de ornato que medicinales, útiles y exóticas; las pajareras y casas de animales que contaban con mamíferos, reptiles y aves de rapiña; los estanques para la cría de peces; los médicos que realizaban experimentos sobre varias especies vegetales; los pintores naturalistas que reproducían los dibujos de las plantas; los conocimientos de ecología y fisiología animal y vegetal, fueron la consecuencia de una larga tradición de observación y estudio, que por los tiempos cercanos a la conquista española se había constituido en una verdadera botánica y zoología.

Por lo general estos conocimientos acumulados se trasmitían de generación a generación por tradición oral; pero en los últimos tiempos se contó con pinturas o códices, mapas, registros históricos y tal vez otros medios que han de haber facilitado la enseñanza; las crónicas nos dicen que los mexicas contaron con escuelas para los jóvenes, en donde se les ejercitaba en la estrategia militar, o en donde aprendían la administración para gobernar, y en donde se enseñaban las ciencias tradicionales, las artes, el derecho, la retórica y otros asuntos.

La medicina, que originalmente fue más bien práctica de hechiceros, llegó a contar con doctores, naturalistas, curanderos, internistas, parteros, quiroprácticos, dentistas, etcétera, los cuales curaban por medio de una medicina mezcla de ciencia y magia, pero con buenos resultados; se dice que se curaban enfermedades como la artritis, la gota, las úlceras, la hidropesía, la ronquera, la tos, los vómitos de sangre, las calenturas, la disentería, las llagas y otras muchas dolencias.

El conocimiento sumamente amplio de las plantas les permitió preparar lavativas, zumos, fumigantes, píldoras, cataplasmas, supositorios, ventosas, emplastos, purgas, etcétera, que tenían efectos diuréticos, sedantes, antitérmicos, purgantes, cauterizadores, etcétera; se llegó a practicar la extirpación de tumores, la reducción de fracturas y luxaciones, la amputación y las suturas, la anestesia incompleta, la profilaxis en las enfermedades contagiosas, la prevención en los partos, la trepanación y la extracción de los dientes; a la vez que contaron



con médicos que curaban a los heridos de guerra, y con establecimientos o casas que servían como hospitales.

En el desarrollo de la medicina se obtuvieron conocimientos osteológicos sobre el cráneo, el occipital, el maxilar inferior, la fontanela bregmática, los caninos y molares; se reconocieron las funciones fisiológicas de la sangre, del corazón, del pulso arterial, de la respiración, de la digestión, de la menstruación, de la bilis, de la orina, etcétera; de tal modo que los médicos contaban con una base anatómica y fisiológica amplia, que si no era mejor, cuando menos era equiparable a la medicina europea de su tiempo.

El Chalalatlí para curar los dolores de cabeza, el bálsamo del Perú, la raíz de Xalapa, la Zarzaparrilla, el chichiquahuitl contra la disentería, el iztacpatli contra la fiebre, el tlacopopotl para curar la tos, el peyote y el hongo Teonanacatl que servían como sedantes y anestésicos, la valeriana, el piñoncillo, etcétera, son sólo algunas de las plantas medicinales que los grupos prehispánicos dieron como contribución a la medicina del siglo XVI.

Otro de los logros más salientes de los grupos prehispánicos fue la invención del calendario y la numeración, lo cual pudo haber sido el resultado de la observación del curso de las estaciones, de los movimientos del sol y de la luna, de los ciclos de la siembra y la cosecha, o de otros factores relacionados; pero como quiera que sea, el calendario solar se ajustó en 365 días, a la vez que se desarrolló otro calendario religioso, compuesto de 260 días.

Entre los mayas, sabios matemáticos del México antiguo, estos dos calendarios se combinaban para dar una Rueda Calendárica o periodo de 18980 días, tiempo mínimo de días en que podía repetirse una fecha cualquiera; y estas fechas llevaban un numeral, luego el nombre del día, después otro numeral y por último la denominación del mes; o sea que una fecha, por ejemplo 2 Imix, 0 Pop, indicaba el día, mes y año a partir de una fecha era, en forma semejante a como funciona nuestro calendario actual.

Para el mecanismo del calendario se contó con una aritmética y una numeración precisas. La numeración se hacía con puntos y barras para dar números del 1 al 20; pero también hubo un signo o glifo para el 0, el cual fue fijado en su correcta posición. De allí surgió un sistema vigesimal por posición, que iba ascendiendo en unidades de 20, 400, 8,000 160,000, etcétera; habiéndose adaptado este sistema a la llamada Cuenta Larga, la cual tenía unidades como el Kin (1 día), el Uinal (20 días), el Tun (360 días), el Katún (7200 días), etcétera, que es como aparecen en las inscripciones de las estelas y en otros monumentos calendáricos.

Asociada a la numeración y al calendario se desarrolló la astronomía, por cuyas observaciones se pudo fijar correctamente la duración del año trópico en 365 días, las lunaciones en periodos de 28 y 29

días, la correlación del año solar con el religioso, y la fijación del ciclo venusino en 584 días; puede decirse que el cálculo correcto actual para el año es de 365.2422 días, para el mes es de 29.53 días, y para el ciclo venusino de 583.92 días; lo cual muestra el grado de adelanto a que habían llegado los mayas.

La invención y correcta posición del cero, antes de que Europa lo adoptara; el sistema vigesimal de la numeración; la exactitud del año trópico, de las lunaciones y del ciclo venusino; la predicción de los eclipses por medio de tablas matemáticas; las correcciones que se hacían a los años bisiestos, y la preocupación constante por el conocimiento del tiempo y de la armonía del universo, son aspectos científicos que los sacerdotes-astrónomos mayas realizaron, y orgullo de cualquier pueblo civilizado.

Y otro tanto podríamos decir de los observatorios prehispánicos; de las esculturas que marcaban los equinoccios y los solsticios; de sus edificios orientados a los cuatro puntos cardinales; de la planeación de sus ciudades con un claro sentido urbanístico; del uso de la bóveda de piedra salediza o arco falso; del empleo de dinteles y columnas monolíticas; de sus acueductos y canales, y de muchos otros logros de la ingeniería; sobre todo en esos tiempos en que sólo se contaba con el trabajo humano, con rampas de tierra, rodillos, palancas, cuerdas, plomadas, y tal vez escuadras y algún nódulo de medida.

O también podríamos hablar de la pintura, aplicada a la cerámica, la escultura, los códices, los templos y palacios; o de la alfarería policromada de Teotihuacán, Puebla, Oaxaca y Guerrero, que son como pinturas murales en miniatura; o también de la metalurgia, introducida tardíamente en México, pero desarrollada notablemente por los tarascos y los mixtecas.

La maestría indiscutible de la lapidaria olmeca, con sus cabezas colosales y sus espléndidas estatuillas de precioso jade; la imponente Coatlicue de los mexicas; la delicadeza de los yugos y palmas del centro de Veracruz; la filigrana de las estelas mayas; el colorido de la plumaria de los tarascos y muchas obras más; son ejemplos elocuentes de las artesanías prehispánicas, las cuales distinguieron a los varios grupos del territorio mexicano.

¡Y qué decir del tallado de la madera y del hueso, de los tejidos, de la poesía y la literatura, de los códices y de las labores de mosaico; qué narrar de los olmecas, los toltecas, los mexicas, los teotihuacanos, los mayas, los zapotecas, los mixtecas, los tarascos y tantos otros grupos que humanizaron el paisaje de México, y nos legaron una herencia cultural tan rica y sorprendente!

Quizás la mejor manera de apreciar ese legado sea valorar y explicar la evolución histórico-cultural del México antiguo, destacar la forma en que vivían y los conocimientos que aportaron, tender un



puente entre el pasado y el presente con objeto de entender al indígena actual, ya que México sigue conservando tradiciones remotas que se filtran invisiblemente en la red del tiempo.

Esta evolución histórico-cultural del México antiguo es la que nos proponemos mostrar más ampliamente en los capítulos siguientes, en tal forma que sea útil tanto a los que se inician en la arqueología como al público en general; no sin antes hacer énfasis en que la conquista española, ocurrida en 1521, contribuyó a la pérdida de todo un mundo de formas y de ideas, al agotamiento creador de los pueblos prehispánicos; el cual hoy sólo se manifiesta en el folklore y las artes populares, o en la contemplación de los objetos arqueológicos, ataviados con el invisible ropaje del pasado.